

elocuencia impía de su doctor, agarraron los pliegos frescos aun de la imprenta, y anunciaron por las calles de la ciudad que se iban á quemar en la plaza mayor las proposiciones del maestro Tetzal, inquisidor de la fe, bachiller en teología y sacerdote de la órden de Santo Domingo. Y en efecto se encendió una hoguera en la plaza de la Universidad, y un estudiante arrojó á las llamas las tesis gritando en latin: *Vivat Lutherus! Pereat Tetzalius!* Estas noticias y las turbaciones que causaron en toda la Alemania, atravesaron muy pronto los Alpes y fueron á contristar al pontificado supremo. Lutero, para anticiparse y evitar el juicio de este supremo tribunal, creyó dirigir á Leon X una carta en que protestaba serle hijo fiel, celoso y obediente. « Beatísimo Padre, le dijo, vedme postrado á » vuestros piés, yo, con todo lo que soy, con todo lo que » tengo: vivificad, matad, llamad, despedid, aprobad, repro- » bad. Vuestra voz es la voz de Cristo que mora en Vuestra » Santidad y que habla por vuestra boca. Si he merecido la » muerte, estoy pronto á morir. » ¿Sería posible creerlo? Leon X con la mansedumbre de su grande alma fué engañado por estas protestas hipócritas. Antes de pronunciar sentencia, quiso que el doctor sajón fuese examinado en sus mismos lugares. El cardenal Cayetano, oráculo de la ciencia teológica en Italia, estaba entonces de legado de la Santa Sede cerca de la Dieta germánica: Leon X le encomendó el exámen de las nuevas doctrinas. « Si Lutero se arrepiente, le decia el papa, per- » donadle; pero si se obstina, es menester ponerle entredicho. » Lutero, en presencia del cardenal Cayetano, renovó las mismas protestas que habia dirigido al papa, pero sin mas sinceridad. Se echó á las rodillas del nuncio jurándole que estaba pronto á reprobar las expresiones que se le reprochaban, si se le mostraba lo que tenian de reprehensible ó falso. « Hijo mio, le res- » pondió Cayetano, mi intencion no es discutir. Yo os pido en » nombre y por órden de Su Santidad que os retracteis de » vuestros errores. » Lutero se negó y pidió que al menos se le señalasen las proposiciones condenables que habia enseñado. Cayetano le citó dos que el fraile quiso defender: la conversa-

cion duró mas de una hora. Por fin Lutero pidió tres dias para pensar el partido que habia de tomar: lo que le otorgó el cardenal. Espirado este plazo, Lutero pidió se le permitiese defenderse por escrito. Cayetano lo consintió, y al siguiente dia, Lutero trajo al nuncio una conclusion en que defendia y sostenia que en materia de fe el simple fiel es superior al papa si tiene á su favor autoridades y la razon. El nuncio trató de atraerse con palabras conciliantes á este orgullo descarriado; Lutero se montó en cólera: Cayetano, tomándole entonces ambas manos, le dijo: « Aun es tiempo; retractaos y yo inter- » cederé por vos con Leon X. » Lutero calló, su obstinacion quedó invencible. Un mes despues apareció la bula pontificia en que Leon X exponia la doctrina de la Iglesia católica tocante las indulgencias y condenaba los nuevos errores, pero sin pronunciar el nombre de Lutero. El novador, quitándose entonces la máscara, se entregó á vituperios é injurias contra el papa que traspasaban todo límite. « En verdad, escribia, » apenas si puedo creer que cosa tan monstruosa venga de un » papa, y sobre todo de un Leon X! Cualquiera que sea el » ignorante que, bajo su nombre, piense hacerme miedo con » ese decreto, sepa que tengo en manos con qué confundir su » iniquidad é ignorancia.

32. Puesto ya en tan mal camino Lutero va á marchar mas resueltamente: su primer acto fué la publicacion de una apelacion al futuro concilio. Lejos de mí, decia él, la intencion de » atacar á la autoridad del Santo Padre, ni menos separarme de » la Iglesia; pero ¿no es acaso de la misma carne, de la misma » naturaleza, de la condicion misma de todos los demás hom- » bres? pecador y flaco como ellos? no puede caer y faltar » como lo hizo san Pedro? » La idea reformadora progresaba rápidamente: no solamente agitaba á la Alemania, sino que hallaba discípulos. Felipe Melancton y Carlostadio eran sus mas fervorosos apóstoles. Melancton, apenas de veintidos años, era catedrático de lengua griega en la Universidad de Wittemberg. Era de una naturaleza fantástica, de un genio inclinado á las efusiones místicas de una tierna piedad, un ta-

lento alimentado con los estudios de la antigüedad clásica. Le sedujo y le dominó la expresión animada, vehemente y pintoresca de Lutero. Carlostadio había estudiado en Italia y Alemania; decano de la Universidad de Wittemberg, donde enseñaba teología, dió la borla de doctor á Lutero. Era un genio voluble y fácil de dejarse llevar á todos vientos. Ambas conquistas eran preciosas para Lutero, pues que ganaban para su causa á gentes menos letradas para quienes Melancton y Carlostadio eran autoridad: sin embargo es necesario confesar que no fué la cuestión religiosa la que dió mas partidarios á la Reforma. La ambición de los príncipes veía con júbilo secreto las facciosas empresas de Lutero contra la autoridad eclesiástica; y esperaban que su poder ganaría cuanto perdería el clero. ¡Deplorable ceguera, que muy pronto se dispó cuando á la voz de Lutero se armaron en Alemania cien mil hombres del pueblo contra la autoridad de los nobles y grandes! La prosperidad de la religion en los países cristianos es paralela á la de la tranquilidad y prosperidad del Estado; y los príncipes que lo olvidan son siempre las primeras víctimas de la imprudencia y de las revoluciones que han desencadenado.

33. Leon X esperaba aun que el monje aleman volvería á entrar en la vía de la sumision y arrepentimiento. El año 1519 encargó á un nuevo negociador continuase con Lutero las conferencias principiadas con Cayetano. El papa escogió para esto á un teólogo sajón, Carlos de Miltitz. Lutero ni aun ensayó ponerle la menor objecion, antes bien le juró que en toda la cristiandad no tenia el papa un hijo mas respetuoso, mas celoso, mas sometido que él; y que estaba pronto á retractarse de todos los errores que se le habían reprochado hasta entonces. Embelesado por estas engañosas promesas, Miltitz regresó á Roma, donde acogió Leon X con el mayor júbilo la falsa noticia de la retractacion del reformador. « Seré para » nosotros, decía el papa, inefable consuelo ver antes de morir restablecida la paz de la Iglesia. » Poco duró la alegría: la carta que Lutero había de escribir al soberano pontífice para deponer á sus piés la abjuracion de sus errores fué muy dife-

rente de lo que se esperaba. Era una diatriba virulenta contra la autoridad del papa, en la cual el fraile sajón acumula los mayores ultrajes, los títulos é imágenes mas groseras. Leon X había agotado ya todos los tesoros de su paternal indulgencia: con todo aun vacilaba: *amaba*, decía, *á ese buen fray Martin, dotado de tan sublime ingenio y de dotes tan brillantes. Es una disputa de frailes y nada mas.* Sin embargo la situación apremiaba: la Alemania en fuego sacudía el yugo de la Iglesia; todo el mundo fijaba sus miradas hácia la cátedra de san Pedro, y el universo esperaba con ansia la palabra del vicario de Cristo. El 15 de junio de 1520 apareció en fin la bula de Leon X. Lutero es comparado en ella al hereje Porfirio, porque como él osa insultar la majestad del pontífice romano, y no se detiene en injurias atroces cuando le faltan razones. « Vemos, dice el papa, con dolor que algunos doctores temerarios, cuyo entendimiento ciega el padre de la mentira, » tuercen las palabras de la sagrada Escritura á sentidos perversos y malos, por manera que no es ya en sus manos el » Evangelio de Cristo, sino evangelio del hombre, ó mas bien » evangelio del demonio. » Añade que se renuevan en Alemania los errores de los Griegos y de los Bohemios, ya condenados por los concilios y constituciones de sus antecesores; que lo que mas dolor le causa es que los papas y él en particular han amado siempre cariñosamente á la nacion alemana, á quien debe mucho la Santa Sede, porque sus príncipes siempre han protegido á la Iglesia, su doctrina y su libertad. « En » fin, continúa, el deber de nuestro cargo pastoral no nos permite disimular mas tiempo: nos vemos obligados á anatematizar cuarenta y una proposiciones sacadas de los escritos » de Lutero. Conformándonos con el parecer de los cardenales, » generales de órden, teólogos y canonistas, las hallamos » dignas de censura: las condenamos como respectivamente » heréticas, escandalosas, falsas, malsonantes para los fieles » y contrarias á la fe católica. Prohibimos bajo pena de excomunion y privacion de toda dignidad eclesiástica, *ipso facto* » *incurrendæ*, creer en estas proposiciones, sostenerlas, defen-

» derlas, favorecer su publicacion, predicarlas ó permitir que  
 » otros las enseñen directa ó indirectamente, en público ó en  
 » particular. » El papa recuerda despues que ha agotado todas  
 las vias de conciliacion, mansedumbre y caridad para atraer al  
 novador al camino de la obediencia. « Podríamos, dice al con-  
 » cluir, proceder inmediatamente contra su persona y fulminar  
 » contra él sentencia nominativa de excomunion. Sin embargo  
 » por imitar la clemencia del Salvador, con parecer de nuestros  
 » hermanos los cardenales, consentimos en otorgarle un tér-  
 » mino de sesenta dias para retractar sus errores y quemar sus  
 » libros impíos. Pasado este término, si él y sus adherentes no  
 » han satisfecho á esta obligacion, les declaramos haber in-  
 » currido en las penas dadas contra los herejes, y excluidos de  
 » la comunion de los fieles. »

34. Esta sentencia exasperó mucho á Lutero, y ciego de  
 cólera y rabia publicó un indecentísimo folleto contra la *exe-  
 crable bula*. « A quien ha dictado esta bula le tengo yo por el  
 » Antecristo : yo la maldigo como un insulto, una blasfemia  
 » contra Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Pero dime, ignorante  
 » Antecristo, ¿tú habias creído que la humanidad iba á dejarse  
 » atemorizar? ¡Cómo! no te has avergonzado de hacer igualar  
 » tus palabras de humo á los rayos de la palabra divina! » Tal  
 era el lenguaje del padre del protestantismo! tal el estilo del  
 cenobita sajon! Y aun se explicaba en términos tan desvergon-  
 zados, que el pudor y la religion no permiten publicarse en  
 una obra destinada á la historia de la Iglesia. Lutero no se atuvo  
 á palabras. El 10 de diciembre de 1520, hizo quemar públi-  
 camente en Wittemberg la bula del papa. En el siguiente dia  
 subió al púlpito, porque su rebelion contra la Santa Sede ha-  
 llaba admiradores fanáticos, y en medio de una explosion de  
 aplausos entusiastas exclamó : « He hecho quemar en la plaza  
 » pública la obra satánica del papa : hubiera sido mejor que  
 » fuese el papa mismo, esto es, la Sede pontifical. Piense y refle-  
 » xione todo cristiano que comunicando con los papistas, re-  
 » nuncia á la vida eterna. ¡Abominacion sobre Babilonia!  
 » Mientras tenga aliento en mi pecho exclamaré : ¡Abomi-

» nacion! » El mal estaba consumado : y era imposible desde  
 este dia esperar nada de Lutero.

35. Sin embargo de la gravedad de estos acontecimientos,  
 otros no menos graves en política habian llamado la atencion  
 de la Europa y hecho perder por un instante de vista al sedj-  
 cioso reformador. Maximiliano I, emperador de Alemania,  
 acababa de morir en 1519. El archiduque Felipe y su esposa  
 Juana, hija de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel,  
 habian transmitido á Carlos Quinto, su hijo, sus derechos : esto  
 es, la España con todas sus conquistas, y los tesoros de Amé-  
 rica, las dos Sicilias, los Países Bajos, el Franco Condado, y  
 además el título de rey de los Romanos que debia á la solicitud  
 de su abuelo. Activo, aplicado, prudente y animoso, su vasto  
 entendimiento se agrandó aun mas con los trabajos y lecciones  
 del cardenal Ximenez de Cisneros, que continuaba gober-  
 nando aun sus Estados bajo el heredero de Fernando é Isabel.  
 La noble ambicion de Carlos Quinto correspondió al desarrollo  
 de sus talentos, y príncipe de solos veinte años, aspiró á ser  
 candidato del imperio. Francisco I, de edad de veintiseis años,  
 mas célebre que aquel por sus hazañas, se puso tambien como  
 candidato. La potencia de uno y otro inspiraba temores á los  
 Alemanes, celosos de su libertad. Los electores imperiales se  
 reunieron en Nuremberg, conforme á la bula de oro, para dar  
 señor al imperio. Jamás estuvo tan atenta la Europa á un  
 espectáculo electoral. La política de la corte romana se mani-  
 festó lisa y llanamente en esta coyuntura. Leon X preveia que  
 la eleccion de uno de los dos monarcas rivales iba á compro-  
 meter la libertad de la Europa, la independencía de la Santa Sede  
 y el reposo de Italia. Con Francisco I ya no habia montañas  
 de hielo que separaban la Italia de Francia; con Carlos Quinto,  
 dueño de España y de Nápoles, ya no habia mar entre los Esta-  
 dos de la Iglesia y los de este soberano. Fiel á las instrucciones  
 del soberano pontífice, Cayetano debió hacer presente á los  
 electores la constitucion que excluía del trono imperial á los  
 reyes de Nápoles, y el peligro que habia de dar el imperio y  
 título de rey de los Romanos á un jóven príncipe, dueño ya,

como Francisco I, del Milanesado y de la Lombardía. Se creyó un momento que ganaría la política de neutralidad indicada por Leon X. Los electores, justamente alarmados de los peligros anunciados por el nuncio, ofrecieron la corona á Federico, duque de Sajonia. Pero este príncipe la rehusó, sea por desinterés, ó bien por temor de verse abrumado por los dos temibles competidores. Los electores, admirados de su generosidad, le suplicaron á la unanimidad, nombrase para el trono vacante: Federico opinó por el rey de España; y el 5 de julio de 1519, el arzobispo de Maguncia, en nombre del colegio electoral, proclamó en la iglesia de San Bartolomé á Carlos de Austria, emperador de Alemania. Al saber este resultado, Leon X quiso al menos sacar para la Iglesia el mejor partido posible de una eleccion que no habia podido evitar. Importaba al descanso del mundo que el jóven emperador tomase, respecto de Lutero, el partido de la represion; y nunca se habia hecho tan necesaria como ahora una estrecha alianza entre el imperio y la Santa Sede. El nuncio del papa habló en este sentido á Carlos Quinto, el cual no tardó en dar las competentes seguridades á Leon X. El dia de su coronamiento en Aquisgran, el arzobispo de Colonia, revestido de pontifical, dijo al príncipe: « ¿Prometeis » trabajar santamente por el triunfo de la fe católica; defender » y proteger las iglesias de Alemania; sostener lealmente los » derechos, é intereses del imperio; ser padre y tutor de las » viudas y pobres, prestar al romano pontífice la obediencia » que le es debida? » A cada pregunta de las contenidas aquí, Carlos se contentó con inclinar la cabeza, en signo de asentimiento; pero á la última, levantó la mano y poniéndola sobre el lado derecho del altar dijo: « Así lo quiero, así lo pro- » meto, y cuento, para cumplir mi promesa, con la gracia de » Dios y las oraciones de los cristianos: ayúdeme Dios todo- » poderoso y sus santos. »

36. Preocupado de los mas vastos proyectos, el jóven soberano pensaba en hacer á Francisco I arrepentirse de haberse presentado como competidor suyo al trono del imperio. El rey de Francia se habia granjeado gran renombre en Mariña;

Carlos Quinto no queria quedarle en zaga. No podian acomodarle los desórdenes de la Reforma, precisamente cuando trataba de emplear contra un enemigo poderoso todas las fuerzas de la Alemania. La política le hacia como una ley el pacificar sus nuevos Estados y detener los progresos de la herejía: convocó pues una dieta en Wormes para tomar partido definitivo. Lutero se habia aprovechado del intervalo de tregua que le dejaba la eleccion para esparcir sus doctrinas y fortificar su partido. No solo combatia ya el dogma católico con libelos é injurias: en su *Tratado de la libertad cristiana*, obra seria y en la que afecta pretensiones de alta teología, el novador habia formulado definitivamente su doctrina. Saca de sus principios hasta sus últimas consecuencias, y establece, como verdades fundadas en el Evangelio, no solo la justificacion sin las obras, sino la imposibilidad de la fe con las obras que mira como otros tantos pecados; y la sujecion de la criatura al demonio, aun cuando haga esfuerzos para librarse de él. Al lado de estas desconsoladoras máximas erige en dogma la impecabilidad del alma que no ha cesado de creer: « porqué, dice, si yo he pe- » cado, Jesucristo que mora en mí, no ha pecado: este Cristo en » quien creo, que obra, piensa, se mueve en mí, vive conmigo y » solo cumple plenísimamente con la fe. » Luego trata de probar que el sacerdocio está, en cierto modo, infuso en toda la humanidad, como el alma en el cuerpo; que pertenece á todo hombre que cree, porque Cristo habiéndose unido á la humanidad con union totalmente mística, el alma se constituye en esposa suya, y participa por ello de todos los dones que el Esposo derrama sobre su amada el alma; que todas estas voces de presbíteros, clérigos, eclesiásticos, no significan nada, y son un ultraje á la palabra de Dios, porque todos somos hijos suyos en el mismo grado, sus ecónomos, sus ministros; y que las vestiduras, la pompa exterior y las ceremonias no son sino vanas figuras, formas humanas que el espíritu de Cristo ha de desterrar de en medio de los cristianos.

37. No podia ser mas completa la negacion, ni mas neta y dogmática. Si Lutero tenia razon, el primado, el ministerio

eclesiástico, el catolicismo, no son sino invenciones humanas. Roma es verdaderamente como él la llama: *Babilonia empurpurada*. No faltaron defensores á la fe ultrajada, y de todas partes se levantaron doctores y teólogos contra la nueva teología. Eckio, canceller de la Universidad de Ingolstadt, hombre de gran talento y erudición, cuyo nombre era muy afamado en Alemania, fué el primero que entró en la lid. En su obra intitulada: *los Obeliscos*, o pone al Reformador la constante doctrina de la tradicion, los argumentos mas concluyentes sacados de los santos Padres y teólogos católicos. A los ojos de todo lector imparcial y de buena fe, Eckio tiene de su parte la razon, el derecho, la verdad; pero las obras de los apologistas cristianos tienen todas, para las muchedumbres, el achaque de tener sobrada razon, y los ánimos apasionados que componen las masas, el vulgo, quieren lo nuevo, lo mordaz, lo picante. La muchedumbre aplaudió Lutero, el cual se contentó por toda respuesta con echar en rostro al doctor católico que era: *criado de Satanás, insigne enemigo de Cristo, teologastro, sofista maniroto, desacertado*. — Empser, catedrático de Leipsiek, no fué mas venturoso contra el monje agustino. « Tú eres un » pobre hombre Romanista, le respondió Lutero. Mas yo, » exclamó: ¡ A Dios Roma, ciudad del escándalo! La ira de mi » Señor que está en los cielos va á descargar contra tí. A Dios, » madriguera de sierpes y dragones; á Dios, nido de buitres, » murciélagos y lechuzas! » — El dominico Prierias, maestro del sacro palacio, anciano encanecido en los estudios teológicos y certámenes de la escuela, vino á su vez á defender contra el sectario el honor de Roma y del pontificado, hollados ambos por el furibundo sectario. Lutero en solo dos dias compuso en respuesta al diálogo de Prierias un folleto insultante é irónico: « Este viejo fraile, dice, llevaba la pluma en tanto » que le dictaba Satanás. Que al menos otra vez trate de ins- » pirar mejor al Tomás que no cesa de oponerme en sus diá- » logos. » Como se ve, el sarcasmo y la ironía eran el arma favorita del padre de la Reforma. Cuando sus adversarios, creyendo aterrarlo, invocan contra él la grande y divina voz

de la tradicion, sostiene que un hombre solo puede tener mas razon cien veces que todos los papas, los concilios, los doctores, lo presente y lo pasado. A santo Tomás de Aquino, al Ángel de las escuelas, cuyo solo nombre es ya una autoridad, le representa Lutero como « un pedante de colegio, ensartando » palabras como cuentas de rosario, tomando un camino erizado de espinas y abrojos, y encharcándose en lodazares. » Una negacion sucedia á otra negacion en aquella alma lanzada á pleno viento en el piélago del escepticismo. Entonces apareció el libro de la *Cautividad de Babilonia*; Lutero suprimia, de un golpe de pluma, los sacramentos del Orden, de la Excomunión, de la Penitencia, las Indulgencias, el Purgatorio y el pontificado supremo.

38. Levantóse entonces un apologista coronado con toda la majestad del poder real, con toda la lógica de un discípulo de santo Tomás, para refutar al doctor de Wittemberg. Enrique VIII, rey de Inglaterra, desde muy jóven habia estudiado apasionadamente la teología: el Ángel de las escuelas era su autor favorito: el discípulo rey se habia aprovechado muy bien de las lecciones del maestro. No se desdeñó de hacerse campeón de la verdad católica en su hermosa obra: *Assertio septem Sacramentorum*, que le valió de Leon X el título de *Defensor de la fe*, y á cuyo título habia de dar mas tarde el mas doloroso desaire. « Hubo un tiempo de dulce memoria, escribe Enrique VIII, en que la santa Iglesia no » tenia necesidad de ser vindicada, porque no tenia enemigos; pero hoy nos hallamos en una época en que se presenta » uno que oculta los instintos perversos del demonio bajo la » capa de celo por la verdad, y que impelido por el odio y la » cólera vomita su ponzoña contra la Iglesia. Es llegada la hora » de quitarle la máscara. Levántense pues para aniquilar al » ingrato é impío todas las almas regeneradas por Cristo, niños » y ancianos, sacerdotes y reyes. » Luego dirigiendo la palabra al novador, le dice: « Atrévete pues á negar que toda la cristiandad saluda, en Roma, á su madre espiritual! Hasta las » extremidades del mundo, todo el que lleva título de cristiano,